

LA ASIMILACION LINGUISTICA DE LOS CHICANOS DESDE LA PERSPECTIVA DE UN MODELO DE DISTANCIA SOCIAL

Secundino Valladares

Ultimamente ha sido Schumann (1976) el investigador que mayor atención ha prestado al concepto de distancia social en su aplicación al terreno de la asimilación lingüística. Las nociones sobre las cuales Schumann construye su modelo de distancia social provienen de la literatura sobre bilingüismo, adquisición de un segundo idioma, sociolingüística y relaciones étnicas. Estas nociones representan factores sociales que promueven o inhiben la solidaridad social entre dos grupos incidiendo, de esta forma, sobre el grado de facilidad, rapidez y competencia con que el grupo de inmigrantes adquiere el lenguaje del país de adopción. El supuesto básico del modelo es que cuanto mayor sea la distancia social entre ambos grupos, más difícil será para el grupo inmigrante adquirir el idioma local.

Las variables que componen el modelo de Schumann son las siguientes:

1. La relación entre ambos grupos puede ser de dominación, igualdad o subordinación. Esta relación la entiende Schumann en términos de status político, cultural, técnico o económico. El status de un grupo (su nivel de vida, grado de educación, tasa de desarrollo técnico-económico, poder político) puede ser superior, inferior o igual al del otro grupo. Si el grupo inmigrante es superior al grupo nativo (piénsese en los norteamericanos que trabajan en Arabia Saudita), la distancia social prevalecerá, el grupo inmigrante apenas adquirirá el idioma local y una clase de intérpretes se desarrollará inevitablemente para mediar en la interacción y comunicación de ambos grupos. De igual modo, si el grupo inmigrante es inferior (el caso más frecuente), la distancia social creará pocas oportunidades para la asimilación, y el grupo subordinado,

debido a la limitación de sus contactos con el grupo dominante, no sentirá necesidad ni deseo de aprender el nuevo idioma. Pero si el status del grupo inmigrante es poco más o menos igual que el del grupo receptor (piénsese en judíos norteamericanos que establecen su residencia en Israel), la distancia social será mínima, lo que facilitará los contactos intergrupales y promoverá la asimilación lingüística. Por supuesto, puede haber diferencias de opinión entre ambos grupos respecto al status del grupo inmigrante o minoritario; por consiguiente, esta variable de dominación, subordinación o igualdad deberá ser evaluada según la estimación que de ella hagan tanto el grupo local como el grupo inmigrante.

2. Las pautas de integración pueden ser de asimilación, aculturación y preservación. En la asimilación cultural el grupo inmigrante se desprende de su cultura para adoptar la del grupo local. Esto produce una distancia social mínima y favorece el aprendizaje. En la aculturación, los inmigrantes adoptan ciertas formas de los nativos de forma selectiva mientras retienen formas propias. En la preservación, en cambio, los inmigrantes rechazan el sistema cultural de país receptor e intentan seriamente mantener su identidad cultural y sistema de valores. Esta postura crea una distancia social máxima y, por supuesto, obstaculiza todo intento de asimilación. De nuevo, ambos grupos pueden establecer objetivos contradictorios con respecto a estas tres alternativas, lo que implica que el análisis de estas estrategias grupales, si quiere ser comprensivo y no parcial, debe tener en cuenta ambos puntos de vista.

3. Grado de aislamiento del grupo inmigrante. Esta variable no se refiere a aspectos culturales de valores o estilos de vida sino a aspectos estructurales como la endogamia, la separación institucional y espacial y otras limitaciones asociativas. Los principales indicadores de este aislamiento o separación estructural serían restricciones, establecidas por costumbre o ley, para casarse fuera del propio grupo; tendencia a asignar

ciertas profesiones u oficios a determinados grupos sociales o étnicos; separación de escuelas, iglesias, clubs, servicios recreativos.

Un alto grado de aislamiento mantiene la distancia social, limita los contactos entre ambos grupos y obstaculiza la adquisición del nuevo idioma. Aunque este aislamiento puede ser buscado por el grupo inmigrante, al establecer pautas de integración que llevan a la preservación cultural, militancia y secesión, sin embargo, en la mayoría de los casos es alentado e inducido por los grupos dominantes que teóricamente -y en este caso paradójicamente- persiguen la asimilación de los inmigrantes. Pero la asimilación lingüística es un camino de doble dirección. Para que sea posible, a la motivación integradora del inmigrante debe corresponder la aceptación real de los grupos nativos dominantes. La discriminación social, en este sentido, es la gran barrera a la asimilación. En la raíz de todo cambio lingüístico hay siempre un cambio social. La formulación contraria es muy dudosa y casi siempre persigue fines reaccionarios.

4. Grado de cohesión del grupo inmigrante. Si este grupo tiende a establecer vínculos fuertes entre sus miembros, es muy probable que todo el grupo permanezca aislado, creando así un vacío enorme de distancia social. Esta variable de cohesión puede ser el resultado de una tendencia consciente de separación o pluralismo por parte del grupo inmigrante, o bien resultado inconsciente de la tensión cultural del inmigrante que busca refugio entre los suyos.

5. El tamaño del grupo inmigrante. Cuando la población inmigrante adquiere proporciones considerables, es muy probable que los contactos intragrupales sean mucho más frecuentes que los intergrupales. Pero hay algo más; a medida que el grupo inmigrante crece, hay un momento en que la sola presencia del grupo, por sus meras dimensiones demográficas, constituye un reto a la capacidad asimiladora de la sociedad receptora. Así los chicanos, que conforman la segunda minoría

étnica de los Estados Unidos (aproximadamente quince millones), nunca hubieran podido mantener sus raíces históricas y culturales y defender una identidad colectiva propia de no haber sido por el refuerzo sociobiológico que suponía cada una de las oleadas de inmigrantes mexicanos. Son las grandes inmigraciones de mexicanos hacia ese país las que han logrado consolidar la nacionalidad chicana y fortalecer su arraigo hispano-mexicano dentro de una nación que ha demostrado tener una casi irresistible capacidad de asimilación. Este parece ser también el caso de la población inmigrante en Cataluña, al menos, en el área metropolitana de Barcelona. A ello se refiere el poeta Espriu cuando dice que la avalancha de la emigración a Cataluña ha representado "una embestida sociobiológica tan extraordinaria que es posible que Cataluña no la absorba ya." (Paniker, 1966:150)

6. Las actitudes étnicas y clasistas de un grupo hacia otro. Se trata aquí de los estereotipos raciales y culturales que ambos grupos mantienen entre sí. Esta variable funciona como factor primordial de la distancia psicológica.

7. Voluntad por parte del grupo inmigrante de permanecer en el país de adopción. En caso afirmativo, esta voluntad de permanencia contribuye a que los inmigrantes establezcan contactos frecuentes con el grupo local, reduciendo así la distancia social. Según el estudio de Meisel (1976) sobre los emigrantes europeos, esta voluntad de permanencia es el criterio que decide, en un momento dado, el éxito o fracaso de la asimilación lingüística de los trabajadores inmigrantes.

8. Congruencia o similitud entre las culturas de ambos grupos. Cuando existe una marcada semejanza entre ambas culturas, la distancia social decrece y se hace más fácil la asimilación. Es evidente que el término congruencia, entendido como semejanza cultural, es un concepto muy relativo; en este sentido, se puede decir que las culturas A y B son más congruentes que las culturas A y C.

Nótese, de paso, que la política asimilacionista de los grupos dominantes siempre se ha basado en el supuesto, explícito o implícito, de que la cultura de los grupos minoritarios es disfuncional y "patológica", por la simple razón de que no conduce al desarrollo de las facultades necesarias para el funcionamiento en una sociedad dinámica e industrializada. Esta es la raíz del polémico concepto de "cultura de la pobreza", tal como lo expone Oscar Lewis (1966: xliii).

A pesar de su transparente sencillez, o tal vez por ella, las críticas han interpuesto serios reparos al modelo de distancia social elaborado por Schumann. El primero de ellos es que los factores sociales del modelo no deben considerarse independientes, sino en estado de mutua interacción con efectos recíprocos. Así, el deseo de un grupo por preservar su cultura probablemente tiende a reforzar su cohesión y promover un alto grado de aislamiento. El segundo punto es que los distintos elementos dentro de cada variable no deben ser tratados como categorías discretas, sino como fases de un continuo. Por ejemplo, las categorías de dominación, igualdad y subordinación, más que representar posiciones discretas a las cuales se tiene que ajustar cualquier grupo con exactitud, representan los puntos de un continuo fluido por donde pasan las relaciones de los grupos en contacto. Por estas razones, dada la naturaleza un tanto simplificada del modelo de Schumann sobre distancia social, los comentarios que siguen se proponen desarrollar a continuación algunas de sus variables por considerarlas más relevantes a los objetivos de este ensayo.

Schermerhorn (1970:68), en su modelo descriptivo de las relaciones étnicas, opina que cuando dos grupos con diferentes historias culturales establecen contactos regulares más bien que ocasionales, la alternativa más probable es que uno de los dos grupos adopte un posición de dominación sobre el otro. Dentro de esta situación, los modos de integración (o conflicto) de los grupos étnicos con respecto a la sociedad dominante, dependerá de unas variables independientes: tipo de contacto y grado de aislamiento y de control; y de unas variables que Schermerhorn llama "contextuales": pertenencia de ambos grupos a un determinado tipo de sociedades definidas por rasgos culturales e históricos, políticos y económicos; y el acuerdo o desacuerdo de ambos grupos sobre la forma de

integración del grupo minoritario. Pero insiste Schermerhorn que la cuestión central en los planteamientos étnicos y en la solución que adopte el problema de la integración dependerá del tipo de poder y control que el grupo dominante ejerza sobre el subordinado, y este tipo de dominación vendrá determinado por la forma en que históricamente ambos grupos entraron en contacto. Estas formas históricas de contacto son, según Schermerhorn, la migración, la anexión y la colonización.

Paulston (1975) se ha servido de esta trilogía para interpretar los problemas del cambio lingüístico en tres situaciones raciales diferentes, partiendo del supuesto de que es la migración la forma de contacto con mayor capacidad de integración y, consiguientemente, de asimilación lingüística, seguida de la anexión y de la colonización. La escritora trata de descifrar la situación lingüística de los chicanos desde la forma histórica de la anexión. El enfoque puede ser válido para lograr una perspectiva histórica; no resulta adecuado, sin embargo, para interpretar el estado de cosas presente. Si se quiere explicar cómo los grupos dominantes y subordinados interaccionan hoy en una sociedad moderna e industrializada, hay que recurrir a una cuarta forma de contacto no mencionada por Schermerhorn: el colonialismo interno.

Una versión popular de este enfoque aparece en Blauner (1969:396), quien aplica el modelo de colonialismo interno al ghetto afro-norteamericano. Blauner opina que, a pesar de las diferencias en la estructura social y política existentes entre la colonia tradicional y el actual ghetto negro, un proceso común de opresión social caracteriza a ambos. Algunos de los rasgos de este colonialismo interno son: obligada participación en una situación colonial que el grupo subordinado no ha buscado; el poder colonizador, esto es, el sector dominante de la sociedad, implanta una política encaminada a violentar, transformar y destruir los valores y formas de vida de la minoría o de los inmigrantes; el grupo minoritario experimenta la sensación de ser manipulado en su propia identidad étnica por extraños al grupo; finalmente, se hacen presentes todas las secuelas del racismo.

Moore (1970:464) sostiene que el caso de los mexicano-americanos se aproxima aún más que el de los negros al modelo clásico

de colonialismo, ya que los chicanos pertenecen originariamente al Suroeste norteamericano y, en el momento del contacto, constituían la mayoría.

Este enfoque de los chicanos como un pueblo colonizado ha aparecido frecuentemente en los escritos más recientes de los sociólogos y antropólogos chicanos comprometidos con el Brown Power del chicanismo. Hasta se puede demostrar cómo esta analogía colonial ha jugado un papel importante en el desarrollo de una determinada ideología chicana. Prueba de ello son las declaraciones de Mario Cantú a EL PAIS (1979). Afirma el dirigente chicano, refiriéndose al apoyo que su movimiento presta a los nuevos trabajadores inmigrantes mexicanos:

"Es en este último aspecto donde el movimiento chicano inicia una lucha que lo envuelve directamente dentro de la problemática de la internacionalización de los capitales y de la fuerza de trabajo. El imperialismo norte-americano, que se ha apoderado de la economía de México como de la del resto de continente, contando con la complicidad e impotencia de las burguesías locales, plantea una nueva relación política internacional que, en el caso de México, le lleva a pretender realizarla dentro de su política doméstica, considerándola como parte de una política nacional".

Después de advertir los rasgos colonialistas - al estilo Hong Kong y Taiwan-, la industrialización de la frontera estado-unidense con México, pasa a denunciar la ley de amnistía, proyectada por la administración Carter para los trabajadores inmigrantes indocumentados. Lo que esa ley, supuestamente defensora de los derechos humanos, persigue en última instancia es la obtención de fuerza de trabajo barata para que Estados Unidos pueda seguir compitiendo a nivel internacional con la producción de mercancías a bajo precio.

Las implicaciones de esta situación neocolonial con respecto a la asimilación lingüística de los chicanos son serias. Se comprende ahora por qué el inglés estándar americano aparece delante de los ojos

de las minorías como el dialecto de las clases prestigiosas, los sectores de la población blanca de clase media que controlan el país. El hecho de que la enseñanza del inglés estándar se considere como una forma disimulada de inculcar los valores de esa clase media en las filas de los estudiantes minoritarios, suscita reacciones de distanciamiento social con la consiguiente oleada de hostilidad y resistencia a adoptar las maneras lingüísticas de esos sectores dominantes.

Otra de las variables que precisa un poco más de atención es la del aislamiento. Hasta ahora no se ha hecho otra cosa que describir el concepto de aislamiento o reclusión y estimar sus formas máximas o mínimas mediante indicadores tales como la endogamia, separación espacial, duplicación institucional, etc. Sin embargo, sería conveniente tocar, aunque sea de pasada, el tema de la etiología de esta variable y dejar bien claro que el grado de aislamiento entre el grupo dominante y subordinado depende de la clase de racismo que los "señores" hayan practicado.

Hay una forma mínima de racismo según la cual se juzga a las gentes de color como diferentes de sus amos blancos, no tanto por razones de su naturaleza cuanto por ciertas contingencias de la historia. Con el debido entrenamiento y educación, se les cree, pues, capaces de ascender desde su humilde posición a un estado de igualdad con el grupo que tiene el poder. Según esta perspectiva, ciertas razas se hallan en un nivel inferior, no por deficiencias congénitas sino por meros accidentes de la historia. En esta forma mínima de racismo se tolera la exogamia, indicador de un bajo grado de aislamiento. Esta suele ser la forma de racismo que los grupos dominantes católicos han practicado, por ejemplo, en Latinoamérica.

Sin embargo, el racismo adquiere su forma máxima cuando la distinción entre los grupos dominantes y subordinados presenta un carácter no relativo sino absoluto, esto es, una distinción de naturaleza y no de grado. Es evidente que esta forma de racismo obedece a razones ideológicas tendentes a perpetuar la posición de control y poder que detenta el grupo dominante; su superioridad, vienen a decir, no es un accidente de la historia, sino resultado lógico del orden natural que preside el mundo y su historia. De este modo, la noción crucial de esta forma máxima de racismo viene a ser la inherente superioridad del grupo dominante así como la inherente inferioridad

del grupo subordinario. No es necesario añadir que semejantes nociones imponen un régimen estricto de separación que ayude a evitar todo contacto físico, la exogamia se convierte en tabú y muchas formas de segregación llegan a cristalizar, con el paso del tiempo, en costumbres o leyes. Este ha sido frecuentemente el panorama de aquellas áreas geográficas con predominio de población protestante. No es, pues, ninguna sorpresa que, en esta situación de radical distancia social, el grupo subordinado no se asimile lingüísticamente mediante la adopción del lengaje estandarizado del grupo dominante.

Las pautas de integración, tal como aparecen en el modelo de Schumann, necesitan un ulterior desarrollo si se quiere cubrir las múltiples formas en que los grupos minoritarios pueden reaccionar a su posición de clara subordinación; de hecho, las posibles pautas de integración exceden la triple división de Schumann: asimilación, aculturación, y preservación. Además, hay un detalle digno de tener en cuenta, y es que hay grupos minoritarios donde no es fácil descubrir una pauta de integración que se pueda definir como tendencia típica y generalizada del grupo. En estos casos, habría que describir las distintas tendencias típicas de los diferentes subgrupos para catalogar luego, y por separado, a cada subgrupo según un criterio uniforme de distancia social y su consiguiente disponibilidad o resistencia a la asimilación lingüística.

Según la tipología de Wirth (1945), se pueden observar cuatro diferentes formas o estrategias de integración (o conflicto) que los grupos minoritarios adoptan como respuesta a su posición de sometimiento: (1) la estrategia asimilacionista persigue la fusión de los miembros de la minoría dentro de la sociedad global mediante la adopción de los valores y formas de vida de las capas dominantes; (2) la estrategia pluralista exige del grupo de tolerancia que permita a los subordinados mantener los rasgos esenciales de su peculiar identidad cultural; (3) la estrategia secesionista busca para el grupo minoritario el aislamiento o separación con respecto al grupo dominante de modo que pueda llevar una vida independiente; (4) finalmente, lo que intenta la estrategia militante es arrebatar el poder político de las manos del grupo dominante.

Schermerhorn (1970:80), en un afán de mayor rigor sociológico, señala que es del todo necesario distinguir analíticamente entre los

aspectos culturales y estructurales de estas cuatro estrategias diseñadas por Wirth. Con el propósito de mantener ambos aspectos claramente distintos, Schermerhorn da el nombre de asimilación sólo a la aceptación de los rasgos culturales como valores, estilos de vida, mientras que por incorporación entiende sólo la aceptación de los rasgos estructurales como podría ser una participación creciente en una red común de grupos, asociaciones e instituciones. Estas dos estrategias, asimilación e incorporación, reciben el nombre de pluralismo sólo a la preservación de la identidad cultural y peculiar del grupo en esferas tales como el lenguaje, la religión; en cambio, cuando esta misma situación viene acompañada de exigencias estructurales como endogamia, separación asociativa, ocupacional o espacial, entonces Schermerhorn la cataloga como autonomía. Paulston (1975) señale las consecuencias prácticas de esta distinción estructural/cultural cuando hace ver que muchos grupos minoritarios de Estados Unidos no están tan interesados en el abandono de su identidad cultural como en el acceso a ciertos bienes y servicios, es decir, a los privilegios institucionales que detenta la clase media anglo-americana. En otras palabras, lo que buscan no es tanto la asimilación como la incorporación económica.

Mediante el término de congruencia cultural no sólo se quiere dar a entender una vaga similitud de los rasgos esenciales de dos culturas en contacto, sino más específicamente el acuerdo o desacuerdo de expectativas que tanto el grupo dominante como el subordinado tienen sobre la forma de integración del último. Tanto Schumann como Schermerhorn reconocen que el consenso de expectativas de ambos grupos, aunque estas expectativas comunes sean sobre tendencias centrífugas, genera mayores índices de integración que cualquier intento de acercamiento cuando este intento no es igualmente participado por ambos grupos.

Examinemos un caso típico de desacuerdo de expectativas e incongruencia cultural: la política asimilacionista llevada a cabo por el grupo dominante de la sociedad norteamericana hasta bien entrada la década de los setenta en contra de la política o estrategia militante de algunos grupos minoritarios independientes.

La tarea de una política asimilacionista es ayudar a los miembros de un grupo minoritario a incorporar los típicos valores de

la clase media. Detrás de este objetivo, está la justificación racional, implícita o explícita, de que las formas de vida del grupo subordinado son disfuncionales y, por consiguiente, hay que cambiarlas. El cambio, por supuesto, debe orientarse siempre en la dirección del sistema de valores propio de la clase media, sistema que se presenta como condición necesaria para triunfar en la vida. La investigación de Celia Heller sobre La Juventud Mexicano-americana (1966:34-35) es representativa de una literatura que justifica la política de asimilación con los siguientes argumentos:

El tipo de socialización que el niño mexicano-americano recibe en la casa no estimula el desarrollo de las facultades que se necesitan para avanzar en una sociedad dinámica e industrializada. Este tipo de educación crea serios obstáculos para el desarrollo de la persona, ya que promueve los valores que estorban la movilidad social (vínculos familiares, honor, masculinidad, vivir al día), mientras se olvida precisamente de aquellos que conducen a ella (ambición, independencia y capacidad para diferir las satisfacciones del presente).

Una versión popular de esta perspectiva "patológica" se puede encontrar en la literatura sobre "la cultura de la pobreza". Oscar Lewis (1966a:xliv), responsable de la divulgación del concepto, describe la cultura de la pobreza como "una subcultura de la sociedad occidental con su propia estructura y base lógica, una forma de vida transmitida de generación en generación a través de lazos familiares." El factor causal de este modelo teórico es la misma cultura de los pobres. El bajo rendimiento de los grupos subordinados, en lugar de ser atribuido a una innata inferioridad biológica, se interpreta ahora como resultado de ciertas características culturales aprendidas en la casa. De esta forma, el medio cultural de los pobres se convierte en la fuente de todos sus problemas, y sus propias formas de vida sirven para perpetuar, en un ciclo interminable, pobreza y privaciones de toda índole. Por lo tanto, si se quiere solucionar los problemas de los pobres, la primera medida a adoptar será estimularles o manipularles

para que cambien su estilo de vida.

Hay gentes que aceptan fácilmente una política de asimilación porque experimentan una gran dosis de insatisfacción con su propia cultura. En este sentido, se puede decir que un gran índice de anomia o autoodio, insatisfacción con la cultura y sociedad de uno mismo, promueve la solidaridad social con los miembros del grupo dominante.

Sin embargo, no todos los miembros de los grupos subordinados reaccionan así. Los hay que sienten la amenaza de una pérdida potencial de identidad sin garantía firme de lograr una nueva. Si quieren sumergirse en serio dentro de la corriente cultural de la sociedad dominante, saben que deben rechazar su propio estilo de vida y sistema de valores. Pero, al hacer esto, corren el riesgo de convertirse en seres sin rostro ni identidad, puesto que en el proceso de aculturación no hay garantía de ser aceptado por el grupo superior. Tal vez la vivencia de esta disyuntiva dramática cree en ellos una sensación de ser manipulados por extraños, una baja estima de su propia imagen y, finalmente, un conflicto de lealtades entre los valores del grupo dominante y sus tradiciones ancestrales.

Cuando este sentimiento de subordinación política, acompañado de una extrema presión hacia la asimilación y de los consiguientes conflictos culturales que ella origina, alcanza un determinado nivel de tensión entre los miembros del grupo subordinado, se puede decir que está a punto de emerger en su seno lo que Wirth llama una "estrategia militante", o lo que es conocido en antropología como un fenómeno de movimiento de revitalización. Este es el momento de máxima incongruencia cultural, máximo desacuerdo de ambos grupos respecto a las expectativas de integración. El camino de la hostilidad y del conflicto está abierto. A la política de asimilación forzosa del grupo dominante, el subordinado responderá con una abierta o soterrada resistencia militante.

Si representamos ahora, con Schermerhorn, las tendencias de estos grupos subordinados al pluralismo y a la autonomía como tendencias centrífugas (ya que favorecen la separación cultural y estructural de ambos grupos) y las tendencias a la asimilación y a la incorporación como tendencias centrípetas (ya que favorecen la solidaridad cultural y estructural de ambos grupos), resulta fácil ver cómo el acuerdo o desacuerdo de los dos grupos sobre la forma de

integración del grupo minoritario genera cuatro situaciones sociales con consecuencias distintas para la asimilación lingüística. Estas situaciones quedan gráficamente expresadas en las casillas de la figura siguiente, tal como ha sido ideada por Schermerhorn (1970:83):

FIGURA 1. Congruencia e incongruencia de expectativas de los grupos dominantes y subordinados respecto a las tendencias centrípetas y centrífugas de los subordinados.

	A	B	
Grupo Dominante	tendencias centrípetas	tendencias centrífugas	Tendencia a la integración y solidaridad social
Grupo Subordinado	tendencias centrípetas	tendencias centrífugas	
	Asimilación Incorporación	Pluralismo Autonomía	
	C	D	
Grupo Dominante	tendencias centrífugas	tendencias centrípetas	Tendencia al conflicto y a la distancia social
Grupo Subordinado	tendencias centrípetas	tendencias centrífugas	
	Discriminación forzada con resistencia	Asimilación forzada con resistencia	

Se presenta ahora un ligero esbozo de la minoría chicana únicamente con el fin de ver hasta qué punto su situación sociolingüística encaja dentro de las coordenadas del modelo de distancia social y hasta qué punto las desborda. En este último caso, se habrá de buscar esquemas teóricos complementarios para tratar de interpretar una realidad que, por compleja y vital, desborda los exiguos límites de los modelos teóricos.

En una sociedad plural, como la de California, se puede afirmar, antes de cualquier verificación empírica, que el grado de aislamiento de los grupos étnicos, como el chicano, tiene que ser considerable. El hecho de que el lenguaje y la raza constituyan rasgos

tan visibles de identidad grupal, ha contribuido a resaltar las diferencias culturales más bien que las estructurales, responsables inmediatas del aislamiento entre ambos grupos. Así, aunque las instituciones de parentesco, economía y ocupación resultan paralelas en ambos grupos, sin embargo son diferentes en su estructura; ello explica las relaciones de poder entre las dos comunidades y la consiguiente reclusión del grupo chicano.

Según la clasificación de Schermerhorn (1970:170), extraña en ciertos medios académicos, ambos grupos étnicos pertenecen a diferentes bloques multinacionales: el occidental europeo y el ibérico. Características de este último serían la supervivencia de relaciones feudales, la emergencia tardía de las clases medias y el "personalismo", entendido como lealtad a un líder más bien que a unas normas específicas.

Respecto al tipo de dominación o control que la sociedad dominante ejerce sobre el grupo chicano, prescindiendo de indicadores económicos o políticos, baste mencionar el control ideológico. En la lucha más sutil por el poder, lo que está en juego es ver quién define a quién. No hay duda que la sociedad anglosajona, mejor, la comunidad de estudiosos sociales anglosajones, ha definido qué es un chicano, oficializando una imagen absurda, montada con los mosaicos dispersos de unos prejuicios y estereotipos convencionales. Luego, compasivamente, han señalado la asimilación cultural como único camino de salvación para este grupo étnico, a lo que los chicanos han respondido con un poderoso impulso centrífugo de abandono y militancia, lo que genera un alto nivel de conflictividad.

Esta situación racial y sociolingüística podría encajar dentro de la casilla D de la Figura 1, una situación, según Schermerhorn, propia de aquellos grupos étnicos que establecen contacto mediante anexiones político-territoriales, en las cuales se da un radical desacuerdo entre ambas comunidades sobre cuál ha de ser el destino final del grupo étnico subordinado. Expresión de esta radical disparidad es la forma en que el periódico The Washington Post, a principios de 1972, titula una revuelta estudiantil de los chicanos del Sur de Texas como Los Chicanos Quieren Entrar. Según expresión de Rendon, lo que los chicanos quieren es, precisamente, todo lo contrario: salir. Salir de un medio cultural que deshumaniza al hombre convirtiéndolo en una

máquina de producción de beneficios; salir de un país que niega el derecho de las etnias oprimidas a liberarse de su opresión; salir del estilo de vida gringo, lleno de prejuicios, que sólo recompensa a los que se humillan y se agringan; salir de un sistema político-económico que vive a expensas de las minorías étnicas. El mismo Rendon (1973:278), más que prefigurar, constata la emergencia del Movimiento Chicano en la década de los setenta, con las siguientes palabras:

Sabemos que ninguna de estas libertades básicas las vamos a conseguir sólo porque las deseemos o las pidamos. Los chicanos, pues, se ven obligados a idear nuevos métodos, quizá técnicas nunca empleadas antes, a desarrollar recursos económicos que respaldan esos métodos, y a establecer, en algunos casos, sistemas nuevos que suplantán los injustos y gastados sistemas gringos.

Estamos en presencia de una respuesta abiertamente militante, según la tipología de Wirth. Si queremos entender bien esta respuesta, típica de muchos grupos étnicos que atraviesan una fase revolucionaria, y analizar su incidencia en los procesos de asimilación lingüística, tenemos que enriquecer nuestro modelo de distancia social, pensado más bien para sociedades en equilibrio, con alguna aportación, más dinámica, de la teoría sobre movimientos sociales. Desde una perspectiva antropológica, el esquema de Wallace (1956) sobre movimientos de revitalización resultaría esclarecedor para interpretar, tanto la militancia de los chicanos, como su resistencia a cualquier intento de integración o asimilación lingüística.

En conclusión, al modelo operativo de Schumann, enriquecido con las aportaciones de Schermerhorn, viene a decirnos que obtendremos una situación de distancia social, contraria a la asimilación lingüística, allí donde las expectativas culturales de ambos grupos no sean paralelas (casillas C y D), allí donde el grupo inmigrante sea dominante o subordinado, manifieste un alto nivel de preservación cultural y aislamiento, sea muy unido y numeroso y tenga intenciones de permanecer en el país receptor tan sólo por breve tiempo.

Por el contrario, se obtendrá una situación de solidaridad, propicia a la asimilación lingüística, allí donde las expectativas culturales de ambos grupos sean paralelas, (casillas A y B), allí donde los inmigrantes se sienten iguales frente al país receptor, mantengan un bajo nivel de aislamiento, sean poco numerosos y poco unidos, y tengan la intención de permanecer en el país de inmigración por largo tiempo.

El modelo de distancia social, construido complementariamente por Schumann y Schermerhorn, comporta las limitaciones propias de toda construcción abstracta e ideal. Las situaciones reales, en que dos lenguas entran en contacto obligado, presentan características tan peliculares que, a menudo, desbordan los supuestos del modelo. Lo cual significa que la aplicación de este modelo a la realidad dista mucho de ser automática. Se impone, como paso previo, un examen detallado de la realidad. La aplicación del modelo se atenderá, pues, a los condicionamientos existenciales, y sólo así se evitará el riesgo de las fáciles generalizaciones que, lejos de interpretar la realidad, la deforman.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BLAUNER, R. 1969. "Internal colonialism and ghetto revolt", Social Problems, 16:396.
- CANTU, M. 1979. Declaraciones hechas a EL PAIS, 9 de mayo 1979.
- HELLER, C. 1966. Mexican-American Youth: Forgotten Youth at the Crossroads, New York: Random House.
- LEWIS, O. 1966a. La Vida: A Puerto Rico Family in the Culture of Poverty, San Juan, New York: Random House.
- LEWIS, O. 1966b. "The culture of poverty", Scientific American, Vol. 215, No. 4: 19-25.
- MEISEL, Y. M. 1976. Linguistic Simplification: A Study of Immigrant Workers' Speech and Foreign Talk, Universidad de Neuchatel.
- MOORE, J.W. 1970. "Colonialism: The case of the Mexican-Americans" Social Problems, 17:464.
- PANIKER, S. 1966. Conversaciones en Cataluña, Barcelona: Kairós Press.
- PAULSTON, C.B. 1975. "Ethnic relations and bilingual education: Accounting for contradictory data", Working Papers in Bilingualism, 6: 1-44.
- RENDON, A. B. 1973. Chicano Manifesto, New York: Macmillan Publishing Company, Inc.
- SCHERMERHORN, R. A. 1970. Comparative Ethnic Relations: A Frame-work for Theory and Research, New York: Random House.
- SCHUMANN, J. H. 1976a. "Social distance as a factor in second language acquisition", Language Learning, 26, 1:135-143.
- SCHUMANN, J.H. 1976b. "Second language acquisition: The pidginization hypothesis", Language Learning, 26, 2:391-408.
- WIRTH, L. 1945. "The problem of minority groups", The Science of Man in the World

Crisis, Editado por Ralph Linton, New York: Columbia University Press.